
SERMON VIGÉSIMO QUINTO.

De la caridad de fraternidad producida en el alma por la doctrina católica.

MONSEÑOR :

Señores :

LA doctrina católica es la única que ha producido y que produce la caridad del apostolado, según he probado en mi último Sermon. Y ahora añado, que ella sola produce la caridad de fraternidad. La fraternidad es la repartición recíproca del corazón, del trabajo y de los bienes; y me parece, Señores, que esta virtud debería producirse en nosotros por una fuente tan sencilla y tan natural como nuestra vida. Porque, en fin, ¿qué somos nosotros? ¿No somos miembros de una misma familia, hijos de un mismo padre, y de una sola casa? En vano quereremos destruir las páginas de nuestra genealogía; todos sin excepción salimos del mismo lugar, y mientras se fabrica el orgullo fuera del género humano ilustres y especiales antigüedades, la sangre de Adán nos habla más alto que todos los títulos, y nos echa en tierra á los pies de nuestro patriarca como á los pies de nuestro Dios. No obstante, á pesar de esta evidente comunidad de origen y esta fraternidad que ha puesto la naturaleza entre nosotros, ¿qué espectáculo nos

presenta la historia, si la consideramos fuera de la doctrina católica? Razas infinitas, familias que se separan cuanto les es posible unas de otras, por el rango, el poder y la tradicion; hombres duros para curar el mundo, y tratando á la tierra, no como patrimonio real de todos, sino como patrimonio privilegiado de los mas fuertes, de los mas hábiles, de los mas felices; por todas partes la guerra, los zelos, la expoliacion, la elevacion del menor número, y la miseria del mayor.

No obstante, Señores, no sucede lo mismo con la fraternidad que con la humildad, la castidad y el apostolado. El mundo que rechaza estas virtudes aun despues de la revelacion, no rechaza igualmente á aquella: muchos la aprecian hoy, aun fuera de la doctrina católica, y si hay un sueño acariciado por las almas elevadas, si hay una idea que conmueva la opinion, que inspire bellas páginas y consagre grandes trabajos, es seguramente la idea de la fraternidad. Mientras el mundo insulta á la humildad como á una virtud que le importuna, mientras rechaza á la castidad como un intolerable peso, y acrimina al apostolado como una invasion de la verdad ó de lo que se da como tal, la fraternidad tiene en su seno amigos ardientes y generosos, que exageran aun sus derechos, que se engañan sobre los medios de establecerla, pero que la proclaman como el fin último de toda la historia y de todo el movimiento de la humanidad. El espectáculo á que os convidamos, será mas instructivo y curioso. Grato será ver al mundo prosiguiendo el mismo pensamiento que nosotros, impotente para realizarlo, á pesar de sus esfuerzos, y á la doctrina católica tocando cada dia su objeto ó fin fraternal por la simple expansion de su palabra y su comun eficacia.

En el año 680 de Roma, bajo el consulado de Marco

Terencio Varron Luculo, y de Cayo Casio Varo, hallábanse reunidos al pié del monte Vesubio, y enfrente del mar de Nápoles, doscientos ó trescientos hombres. Llevaban en sí los rasgos de nuestra comun dignidad, y no obstante, no era necesario mirarles mucho tiempo para describir tambien en todo su sér rasgos sobrado sensibles de una cruel degradacion. En medio de un silencio general, se levantó uno de ellos, y les dirigió este discurso: « Queridos y desgraciados compañeros de infortunio, hemos resuelto soportar hasta el extremo las injurias de la suerte que nos ha cabido. La humanidad no existe para nosotros; despreciados del mundo, aprisionados desde nuestros primeros años por la mano de hierro del destino, solo hemos servido hasta ahora para recrear á nuestros señores con bárbaros espectáculos, ó para dar pábulo con nuestros trabajos á su fausto, á su molicie y á sus deleites. Es cierto que nos hemos fugado, que somos libres; pero ya sabeis que esta libertad no es aun mas que la servidumbre; todo el imperio, toda la tierra está contra nosotros: no tenemos amigos, ni patria, ni asilo. Pero ¿necesitamos otros amigos, otra patria, otro asilo que nosotros mismos? Consideremos quién somos, y contémonos primeramente. ¿No somos el mayor número? ¿Quiénes son nuestros señores? Un puñado de patricios cuyas casas poblamos, que no respiran sino porque nosotros no tenemos valor para poner la mano en su pecho para sofocarlos. Y si esto es asi, si tenemos la fuerza del mayor número, si casi toda la humanidad es esclava de una horda que goza de todo y de todo abusa, ¿qué es lo que nos impide levantarnos, tender por una vez nuestros brazos al mundo, y demandar á los dioses que decidan entre nosotros y nuestros opresores? No solamente tenemos el número, tenemos tambien la inteligencia: muchos de

nosotros han enseñado á sus señores ó enseñan á sus hijos las letras humanas : nosotros sabemos qué es lo que ellos saben, y su saber lo han recibido de nosotros ; nosotros somos sus gramáticos , sus filósofos , y los que les han enseñado esa elocuencia que llevan al foro para oprimir á todo el universo. En fin , tenemos mas que el número y la inteligencia ; ¡ tenemos el derecho ! porque ¿ quién nos ha hecho esclavos ? Quién ha decidido que no éramos iguales suyos ? Dónde está el título de nuestra servidumbre y de su soberanía ? Si es la guerra , nosotros tambien la hacemos : ensayemos una vez el destino , y merezcamos con nuestro valor que ella se pronuncie por nosotros. » Habiendo dicho esto , Spartaco tendió la mano al cielo y al mar ; su ademan acabó sus palabras ; la multitud que le habia escuchado se levantó , conociendo que tenia un capitan , y ocho dias despues , cuarenta mil esclavos formados en batalla hacian volver las espaldas á los generales romanos , removian completamente la Italia , y se veian , como Anibal , en disposicion de mirar como vencedores las humaradas de Roma.

No obstante fueron vencidos , á pesar de su número y de su valor , y Pompeyo , que fué á poner el sello á su derrota , no tuvo mas que escribir algunas líneas al Senado para notificarle que estos viles esclavos , que fueron por un momento su terror , habian vuelto á entrar en su legitima nulidad.

Tal era el estado del mundo algunos años antes de la venida de Jesucristo. Una gran parte de la humanidad no tenia patria , ni familia , ni derechos ; estaba inscrita en la ley bajo la rúbrica de las cosas y no de los hombres. Tratábasela como una raza de animales mas inteligentes , mas fuertes que las bestias , pero que no tenian otra distincion sobre ellos , que el ser mas aptos para una servidumbre mas provechosa.

Podria para mi tesis limitarme al hecho , y deciros : Hé aqui lo que el hombre hizo del hombre en cuatro mil años ; hé aqui dónde estaba antes de Jesucristo la fraternidad. Pero no será inútil que despues de haber visto el hecho busquemos la causa , para comprender mejor la grandeza y la dificultad de la revolucion operada bajo este respecto por la doctrina católica.

Es , pues , Señores , ya que quereis saber la causa de la servidumbre , es que el hombre no ama al hombre , porque el hombre no ama el trabajo , porque el hombre no ama la particion de sus bienes , porque el hombre , en fin , no ama naturalmente nada de lo que constituye la fraternidad.

El hombre no ama al hombre ; porque el amor , este encanto inexplicable que nos inclina á un objeto y nos impele , menos que á darnos á él , á fundirnos en él ; el amor , esta maravilla la mas incomprendible de nuestra naturaleza , en la que pasamos toda nuestra vida , hasta que hemos desesperado de nosotros bastante para no intentar realizar su misterio ; el amor no tiene mas que una causa pura , causa rara y pasajera en la humanidad. Quisiera callar su nombre , y me acuso hasta cierto punto de nombrarlo en esta cátedra ; pero me es imposible dejar de pronunciarlo. El amor no tiene mas que una causa , y esta causa es la belleza. Colóquese el hombre en presencia de una naturaleza en que resplandezca este don terrible , y á menos que se halle cubierto con un escudo divino , sentirá sus golpes. Por rebelde , por orgulloso que sea , irá como un niño á inclinarse á los piés de esto que ha visto y que le ha subyugado con una mirada , con un cabello de su cuello , *in uno crine colli sui* , como dice admirablemente la Escritura. Pero esta belleza , causa única del amor , es rara y transitoria en nosotros. No pertenece mas que á un reducido

número, y los seres que se hallan mas dotados de ella solo gozan un momento de su corona. Adorados un dia de su vida, sienten bien pronto la fragilidad del don que se les ha hecho; los aduladores huyen á medida que descenden los años, y algunas veces no son necesarios los años. El corazon, cautivado violentamente, se suelta con rapidez, y de experiencia en experiencia llegan estos seres, á quienes se ha querido tanto, á no poseer de si mismos y de los otros mas que las reliquias de un sueño.

La belleza, que es la fuente del amor, lo es tambien de las mayores desolaciones que hay en el mundo, como si la Providencia y la naturaleza se arrepintiesen de haber hecho á algunos de nosotros tan rico y tan raro presente.

Si tal es la causa del amor, ¿cómo será amada la humanidad? Dejando aparte el pequeño número que posee esta causa y con tantas imperfecciones, ¿qué es lo demás? ¿Qué ve el hombre á su alrededor? Hombrés, no solamente desprovistos de la gracia y de la majestad de su naturaleza, sino tambien desfigurados por el trabajo, envilecidos por males sin cuento, en quienes nada mas descubre la vista que una especie de máquina que se mueve. Y si del cuerpo se penetra hasta el alma, se revelan en ella la miseria y la vergüenza bajo aspectos mas profundos, que ni aun inspiran la compasion bastante para no ser despreciados. El orgullo sin causa, la ambicion, el egoismo, el odio, la voluptuosidad, todos los vicios se disputan este semblante interior del hombre y aspiran á deshonorarle. ¿Qué resta, pues, del amor? ¿En qué rasgo de belleza se fijará ese hombre para amar al hombre y partir fraternalmente con él las penas del trabajo y la alegría de sus bienes?

El hombre no ama el trabajo. Ama solamente una actividad que lisonjee el orgullo y engañe el tedio.

Pascal lo ha observado. Un hombre, viene á decir, se juzga desdichado porque le arroja una desgracia en un palacio magnífico, donde rodeado de toda clase de goces y de distinciones, no le falta mas que una multitud de pretendientes y de importunos que le impidan pensar en sí. Esto es cierto: amamos la actividad, pero una actividad cómoda y honrosa, que, segun la expresion de Mad. Staël, añade interés al descanso, y nos da sin fatiga la satisfaccion de tener y remover los hilos de este mundo. Es la actividad Perezosa del mando la que nos seduce; pero luego que hay fatiga real del espíritu ó del cuerpo, tratamos de echarla sobre los otros en cuanto nos es posible. El trabajo es una pena: fué impuesto al hombre cuando Dios le arrojó del paraíso terrenal con esta sentencia: *Comerás el pan con el sudor de tu rostro*: rechazando el trabajo, no hacemos mas que rechazar un castigo, y para aceptarlo, cuando nos falta el amor, no necesitamos menos que toda la fuerza de la necesidad. Ahora bien, el hombre no tiene amor al hombre, y el horror del trabajo, combinado con su necesidad, le inspira sin cesar la idea y la tentacion de la servidumbre para otro. ¿Cuán lejos se halla de la fraternidad, que es la reparticion reciproca del corazon, del trabajo y de los bienes!

¿Podrá creerse que llegando el hombre á cierto grado de riqueza y saciado con lo superfluo, no experimentará pena alguna en dar lo que es inútil aun al lujo mas superabundante? Esto es un error. El hombre nada da voluntariamente. Cuando no sabe qué hacer con su dinero, compra tierras que lo producen. Careciendo de posteridad, ó reducido á sobriños á quienes detesta, compra tierras; y si faltan tierras á su ardor de poseerlas, sepulta en profundas arcas este oro doblemente inútil, dándose algunas veces el placer de contemplarlo, de contarlo, y de

saber con cuántos escudos se ha aumentado su felicidad. ¿Qué gozo hay en esto? Vosotros y yo lo ignoramos igualmente, porque nadie aprecia mas pasiones que aquellas de que uno mismo ha sido víctima. El pobre no comprende el estado del hombre rico, que quiere mas sepultar su tesoro que darlo; pero ello es así. Sucede tambien que el rico se fastidia de serlo, que no puede ya mas con su fortuna, que se apodera de él un inmenso disgusto: parece que podría abrirse una nueva cuna de goces librando de la miseria á una familia arruinada, casando á jóvenes pobres que se aman lealmente. Ni aun tendria necesidad de buscar la desgracia; la misma desgracia subiria sus escaleras: á cada cuarto de hora las sube sin que se la espere, y llama, y lleva á ese miserable rico un bien que no conoce. Pero la saciedad llevada hasta el dolor, ni aun muestra al hombre el secreto de desprenderse de ella. Él juzga que el honor de ser mas rico que nadie merece bien ser comprado por el sufrimiento. Pero ya he dicho que no comprendemos nosotros nada de esto, aunque todo ella sea y nos revele un tercer origen de la servidumbre sustituida en el mundo antiguo á la fraternidad.

En efecto, si el hombre no ama al hombre, si odia el trabajo, y aborrece toda reparticion de sus bienes, ¿quién no ve al fin de estas disposiciones de su alma, como una consecuencia inevitable, el establecimiento de la servidumbre? ¿Porqué no he de abusar de la fuerza contra el hombre á quien desprecio, para sujetarle á un trabajo de que yo me libro, y que satisface á un tiempo mi fortuna y mi orgullo? ¿Porqué no he de reunir el mayor número de hombres posible, con el menor precio posible, á la satisfaccion de todos mis sentidos? ¿Porqué no he de tener, si puedo, como en la India, criados que ahuyenten de mi semblante los insectos importunos, otros que me lleven en pa-

lanquines, otros que me tengan dispuesto un vaso de agua cuando yo tenga sed, y otros que me hagan compañía y que me honren? Tal vez no se me presente ocasion de sujetar á mis semejantes; pero ¿cuándo ha faltado la ocasion en el mundo á los opresores? Hallándose una vez dentro del corazon del hombre las causas de la servidumbre, ¿quién se opondrá á ellas? ¿Dónde estará el punto de apoyo de los débiles contra los fuertes? ¿Quién hablará al hombre, si el hombre le desprecia? Por un efecto de falta de amor y de la pasion para engrandecerse, se formará necesariamente generaciones desheredadas; estas generaciones se agitarán, darán miedo á los dichosos del mundo; será preciso crear una fuerza que les quite la idea de rebelarse, y que permita al egoismo un sueño tranquilo. ¿Qué medio mas natural de reducirlos á una servidumbre que los envilezca á sus propios ojos, y no les permita ni aun soñar en revindicarse?

No son estas, Señores, quiméricas interpretaciones de los sentimientos del hombre. Dios permitió que subsistiese la servidumbre hasta ahora para revelaros sin cesar á vosotros mismos lo que sois fuera de la caridad que procede de él. Hubierais podido creer que amabais la humanidad por vosotros mismos, y que bastaba la filantropía para el establecimiento de la fraternidad universal. Dios ha cuidado de desengañaros. Que desciendan europeos, franceses, algunos grados de latitud, y se trasladen bajo un sol mas cálido, y espirará su filantropía á las puertas de una fábrica de azúcar. Luego que se hagan poseedores de esclavos, descubrirán las razones mas poderosas del mundo en favor de la servidumbre; las mismas que decia poco ha, la necesidad del trabajo, la imposibilidad de realizarlo por si mismos, el deber de enriquecerse, la inferioridad de la raza esclavizada. Iráse lejos á buscar

esta raza privilegiada, y si no se aproxima bastante á la bestia, se cuidará, maltratándola y privándola de educacion, de ponerla al nivel de la bajeza y del embrutecimiento apetecible, para que todos la juzguen incapaz é indigna de la libertad. Hé aquí al hombre, Señores, y los obstáculos que debia hallar en él la doctrina católica para el establecimiento de la fraternidad. Veamos cómo ha hecho para ser la mas fuerte, para triunfar.

Cuando Jesucristo quiso fundar el apostolado, pronunció esta palabra: *Id y enseñad á todas las naciones*. Pero le costó mas fundar la fraternidad. Refirióse á ella muchas veces, y sentó tres famosos textos.

Yo os doy, dijo una vez, *yo os doy un mandamiento nuevo, y es que os améis unos á otros, así como yo os he amado; en esto conocerán todos que sois mis discípulos si tuviereis caridad entre vosotros* (1). Observad en primer lugar, Señores, esta expresion: *Os doy un mandamiento nuevo*. Jesucristo no la ha usado mas que en esta ocasión, al menos de una manera tan expresa. La humildad, la castidad, el apostolado, aunque cosas nuevas, lo eran menos no obstante que este precepto: *Amaos unos á otros*. Y Jesucristo añade que este será el signo por el que se conocerán sus discípulos, no porque no sean tambien la humildad, la castidad, el apostolado signos muy evidentes y muy ciertos de la profesion cristiana, sino porque la caridad es el océano donde comienzan y donde terminan todas las virtudes. La caridad es la que hace humilde, casto, apóstol; es el principio y el fin, y por consiguiente el signo capital de la transfiguracion del alma.

Haced otra observacion, Señores: al aparecer la doctrina católica en el mundo, no dice como Spartaco:

(1) S. Juan, cap. 13, vers. 34 y 35.

Levantaos, armaos, reivindicad vuestros derechos; sino que dice con calma y sencillez: *Amaos unos á otros*; si hay alguno de vosotros que se queje de no ser amado, que ame el primero; el amor produce el amor. Cuando se amen dos, y se haya visto la alegría de su corazon, vendrá otro que deseará ser amado tambien, dando su amor, y despues de este, otro. Lo que os falta no es un derecho, sino una virtud. Ahora bien, ninguna ley puede daros una virtud, ninguna victoria creárosla. Spartaco hubiera vencido, el mundo hubiera sido al dia siguiente lo que era el dia anterior; los esclavos se hubieran hecho señores, los señores esclavos, y aun cuando todos estos fueran victoriosos, embriagados con los despojos de Roma, se hubieran degollado unos á otros en nombre de la fraternidad. No nace una virtud en los campos de batalla; el alma es la única tierra donde la siembra y la recoge Dios. ¿Qué haceis cuando falta á vuestra industria una planta necesaria ó deseada? La buskais lejos bajo el sol que la madura; la sembrais y la cultivais con tanto mas cuidado, cuanto que el sol á quien la confiais no es su sol natal. ¡Ah! Señores, la generacion de la virtud no difiere de esta: no se diferencia de ella sino en que es inútil ir tan lejos á buscarla: el reino de Dios está dentro de vosotros: la tierra es vuestra alma, y la semilla acabais de recibirla en estas palabras: *Amaos unos á otros*.

Está tambien en esta otra expresion: *Si alguno de vosotros quiere ser el primero, que sea el último; y quien quiera ser el mayor, que sea vuestro siervo; así como el Hijo del hombre, que no vino para ser servido, sino para servir* (1). Os quejais de ser esclavos; no sabeis lo que decís: esclavo es quien sirve á pesar suyo; servid de propia voluntad, y desaparecerá la

(1) S. Mateo, cap. 20, vers. 26, 27 y 28.

esclavitud. Se os ha dicho que la mayor desgracia y el mayor oprobio es la esclavitud; y yo os digo: Haced de la servidumbre un acto de amor; lo que era ignominia será gloria, lo que era esclavitud llegará á ser adhesión, lo que era la última cosa llegará á ser la primera, lo que era el colmo del infortunio llegará á ser el éxtasis. ¿No sabeis que nada hay mas dulce que amarse? Y cuando se ama se da, cuando se da se sirve, y cuando se sirve por amor se goza de la felicidad. Servid pues amando, ¿y qué os faltará? Es cierto que se ha invertido el orden, porque el amor precede al servicio, y aqui ha precedido el servicio al amor. Pero ¿qué os importa? Restableced el orden amando; con tal que vayan juntos el servicio y el amor, se cumplirá el misterio de la felicidad. Vosotros, pues, ó vosotros todos, hermanos míos esclavos, haced una santa república de amor; amaos unos á otros, y amad á vuestros señores con el amor comun que os teneis; y al fin los desarmaréis, y los persuadiréis á que os amen tambien, y que se amen entre sí. Nada es tan contagioso como la virtud que llega al estado de amor. Vuestros dueños os tenían por enemigos; os tenían mas temor que odio; cuando vean, pues, que los amais y que los servis libremente, se abrirán sus ojos, y nacerá vuestra libertad por sí misma como nace un fruto del árbol y cae por sí cuando está maduro.

Resta otra expresion, necesaria aun para la fraternidad: *Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos*. Os quejais de la insensibilidad del rico; no hagais caso de él: amad la pobreza, y dad lo poco que teneis á los que tienen menos que vosotros. No digais que no podeis privaros de vuestros bienes si otros no hacen lo mismo; dad los vuestros desde luego, otros darán tambien los suyos; se os volverá centuplicada vuestra parte, y

el espíritu de pobreza, sin leyes, sin violencia, sin disolver la sociedad en una repartición siempre continua y siempre insuficiente, destruirá la enemistad del pobre y del rico, hará de este un ecónomo, y de aquel un protegido de la Providencia.

Toda esta doctrina es sin duda, Señores, tan sencilla como profunda; y no obstante, nadie la habia encontrado. Sucede con ella como con el descubrimiento de la América por Cristóbal Colon; quimérico antes de su buen éxito, todo el mundo se sorprendió de no haber dado en tal idea; y todo se reducía á abordar á una nave, y marchar via recta. No obstante, aqui tenemos otra maravilla mas: la doctrina conocida y publicada es aun poca cosa; es necesario que llegue á la eficacia por sí misma, sin auxilio de ninguna victoria y de ninguna legislación. Es necesario que sea aceptada libremente y practicada, y esto sin contrariedad, con todos los instintos de la humanidad. Se ha dicho al hombre que ame al hombre, á él que no le amaba; se le ha dicho que le sirva, á él que solo quiere ser servido; se le ha dicho que dé sus bienes, á él que se horrorizaba de desprenderse de ellos. Y no obstante, ¿cuál ha sido su éxito? Vuelvo algunas páginas del Evangelio, y leo: *La muchedumbre de los creyentes no tenia mas que un corazón y un alma, y ninguno de ellos decia ser suyo propio nada de lo que poseia, sino que todas las cosas les eran comunes; y no habia ningun necesitado entre ellos, porque cuantos poseian campos ó casas las vendian y traian el precio de lo que vendian, y lo ponian á los piés de los apóstoles, y se repartia á cada uno lo que habia menester* (1). La república cristiana estaba formada; república nueva, república desconocida, en que todo el mundo no tenia mas que un nombre, el de hermano.

(1) Actos de los Apóstoles, cap. 4, vers. 32 y siguientes.

Pero esta república no debía limitarse á un rincón del mundo, y permanecer en él como una secta dichosa, dando de lejos á los hombres el ejemplo de la fraternidad. Tenía delante de sí á la tierra como el único límite de su realización; era llamada á provocar y á establecer por todas partes la repartición recíproca del corazón, del trabajo y de los bienes. Para esta grande obra necesitaba un sacerdocio fundado en el principio de la fraternidad, y lo creó. Destinó á las funciones del gobierno y de la palabra, no á los príncipes y sabios, sino á aquellos hermanos suyos, cualquiera que fuese su nacimiento, en quienes brillaba mas la caridad; eligió al hijo del pastor y al hijo del esclavo; puso en su cabeza la corona del sacerdote, la mitra del obispo, la tiara del pontífice, y dijo en alta voz á los príncipes del mundo: Mirad aquel á cuyas plantas vendréis á buscar la luz y la bendición. Vosotros, Césares, os despojaréis un día de vuestro orgullo, y os inclinaréis ante el hijo de vuestro siervo, oculto en otro tiempo en los fosos de vuestros palacios: á él confesaréis vuestras culpas, y él tenderá la mano sobre vosotros, y os dirá: En el nombre de Dios, ¡oh César! tus pecados te son perdonados: marcha, y no hagas mas lo que has hecho. Fácil era de preveer el resultado de esto. En cuanto el pobre y el pequeño eran elevados por el mérito de la humildad al trono de la palabra y al tribunal de la conciencia, tomaba la naturaleza humana una dignidad sacada de su fondo y de una virtud posible á todos; no era ya el nacimiento y la guerra, la casualidad ó la habilidad, fuentes diversas de exclusion y de opresion, no era ya el egoismo, sino la caridad, la que tenía el cetro de los destinos de la humanidad: la esclavitud perdía toda significacion, y esto sin luchas entre los señores y los esclavos, sin revolucion precipitada y sangrienta, sucedía por el solo curso de las

cosas. Así como se gastan con el tiempo y la rotacion las cadenas de un prisionero, y el carcelero no necesita ya desatarlas cuando llega la hora de la libertad; así la religion no necesitó sacudir las cadenas del esclavo para hacerlas caer, habíalas gastado el tiempo y la rotacion de la doctrina.

Pero no era la única obra de la fraternidad destruir la esclavitud, debía tambien proveer al servicio de las miserias humanas. La doctrina católica creó para ellas el servicio gratuito, es decir, un servicio de adhesion, sin otra recompensa que la estrictamente necesaria para el ser adherido. Este servicio llevaba consigo necesariamente la castidad absoluta; sustituía á la familia todo el género humano. No haré su historia, porque ¿quién no la conoce? ¿Quién ignora la ingeniosa fecundidad con que proveyó la doctrina católica de padres y de madres á todos los desgraciados? Espiando en cada siglo la miseria que le es propia, le ha suscitado cada vez nuevos servidores. Ha hecho á la hermana de la Caridad con la misma facilidad con que formó al caballero de Malta, al hermano de las Escuelas Cristianas tan bien como al hermano de la Merced, al amigo del loco como al amigo del leproso. Diariamente teneis á la vista ejemplos de estas creaciones en que la potestad de la caridad toma cuerpo á cuerpo la potestad de la miseria, y no le permite tocar el punto mas oscuro de la humanidad sin llevar á él la mano despues de la suya; así se ha establecido el reino de la fraternidad entre los hombres, obra increíble aun á quien la ve, y cuya explicacion necesito preguntaros.

Os pregunto cuál es la causa de tan extraño fenómeno, despues de tantos otros como hemos visto. ¿Porqué y cómo ha sido eficaz solo la doctrina católica para abolir la servidumbre, para transformar el corazón del rico y el del pobre, para organizar este

servicio voluntario y gratuito que llena aun la Europa, á pesar de la conspiracion de tantos hombres como se esfuerzan en aniquilarlo? Os pregunto ¿ cómo sucede esto, cómo es que esta doctrina católica, que es la única que ya produce la humildad, la castidad, el apostolado, sea la única tambien que produzca la fraternidad? La única, y siempre la única; las otras no hacen mas que destruir, ó si conservan algo de la fuerza que recibieron primitivamente de la doctrina católica, no hacen mas que alterar su obra y sus dones.

He respondido, Señores, que evidentemente esta eficacia de la doctrina es divina, porque si fuese humana, toda otra doctrina le robaria tarde ó temprano este secreto. ¿ Porqué ama hoy el hombre al hombre, si la doctrina católica ha dejado al hombre tal cual era, con su sola naturaleza y susolo atractivo? La belleza, decíamos, es la causa única del amor; es pues preciso que la religion católica haya revestido al hombre de una belleza que no tenía anteriormente. ¿ Pero cuál? Si os miro exteriormente, no veo en vosotros mudanza alguna, vuestro semblante es el de la antigüedad, y aun habeis perdido algo en la rectitud de las líneas de la fisonomía. ¿ Qué belleza nueva habeis pues recibido? Ah! ; una belleza que os deja hombres, y que no obstante es divina! Jesucristo ha puesto en vosotros su propia figura; ha tocado vuestra alma con la suya; ha hecho de él y de vosotros un solo sér moral. No sois vosotros, es él quien vive en vosotros. Una santa decia: ; Si se pudiera ver la belleza de un alma, ya no se podria mirar nada! Esta belleza que no ve el mundo, la entrevemos nosotros los cristianos: ella penetra al través de la humanidad deshonrada, nosotros la sentimos, la buscamos: ella nos seduce, no por un dia, como la hermosura humana, sino con la indeleble magia de

la eternidad. Si os amo, si estoy obligado á hablaros, si estoy dispuesto á dar mi vida por la salvacion de uno solo de vosotros, no es porque sea yo mas que un hombre; pero veo en vosotros una inexplicable claridad que os envuelve, os penetra, y me arrebató hasta dentro de vosotros. Tambien vuestros ojos la ven en mí, si sois cristianos. Un dia, quizá bien pronto, se oscurecerá esta palabra que anuncia la doctrina: la decadencia se acerca al hombre con rapidez, y con ella la soledad y el olvido. Llegado este dia, no me quedará en vuestra alma mas que el recuerdo de un eco; pero tanto á mí como á vosotros, en la vida y en la muerte, nos quedará la hermosura que viene de Cristo, su semblante que está en nosotros, y el amor que brota de él para regocijarnos en vida y embalsamarnos en el sepulcro.

Ya teneis alguna experiencia de la vida, vosotros os habeis agrupado á mas de una puerta: pues bien, decidme, ¿ no habeis sentido la diferencia del hombre que os acoge como hombre, del hombre que os acoge como cristiano? Dejando á parte á vuestras madres, á vuestras hermanas, y á un corto número de amigos, ¿ qué hombre indiferente, por filantrópico que sea, os ha estrechado contra su corazón? ¿ En qué gabinete, en cuyo fondo oculta un filósofo sus gloriosas vigiliás, habeis sido recibidos con amor? ¿ En quién habeis reconocido el pecho de la fraternidad? Por mi parte, exceptuando á los que acabo de nombrar, no le he encontrado mas que en cristianos, en almas animadas de la virtud de Cristo, en sacerdotes á quienes confesaba mis culpas, en algunos jóvenes que me hacian la confesion de las suyas, y que se arrojaban llenos de alegría en mis brazos, almas fraternales, abrazadas ya con la comunión de los santos, y que me revelaban de lejos el éxtasis eterno de la unidad.

Y vosotros, hombres que no sois mas que hombres, permitid que os pregunte : ¿ En qué punto os hallais del camino de la fraternidad y del amor humano ? ¡ Ay ! despues de ilusiones rápidas , ya no creéis en el amor, os habeis hecho incrédulos aun para la belleza, y la fuente de las alegrías misteriosas no surte ya agua sobre el fondo de vuestro corazon. Habeis quitado del hombre al Dios que habia en él, y os admirais de la nada á que se ha reducido. ¿ Necesitaré citar de nuevo á mi tribunal al mahometismo, al protestantismo y al racionalismo ? El mundo puede ser considerado en globo lo mismo que en partes. Pues bien, desde que la razon humana ha combatido y debilitado, bajo diversos aspectos, á la doctrina católica en el mundo, ¿ qué camino hace en él la fraternidad ? Su nombre está en todos los labios, forma el fondo de los sistemas y de los deseos ; no se oye hablar de otra cosa que de espíritu de asociacion y de comunidad ; se tienden las manos por todas partes : y no obstante un gemido sordo, una queja unánime denuncia á toda la tierra la tibieza de los corazones. Yo oigo al hombre que lleva las haces del servicio militar, al magistrado aplicado á las funciones de la justicia, al profesor discerniendo en el alma del jóven el secreto de sus inclinaciones, al hombre político estudiando de cerca los grandes resortes del mundo ; yo escucho, en fin, la voz de la sociedad por todos los poros por donde se escapa, y no oigo caer en mi oido mas que una palabra : el egoismo. El frio y el vacío están en la humanidad. Se siente, hasta en los ardores políticos, un soplo triste, una respiracion fatigosa que anuncia al exterior la miseria del interior. Así, cuando declina el sol hácia el horizonte, se detiene y se hiela la savia de la naturaleza ; ella esperaria la muerte, si no esperase siempre la resurreccion.

La resurreccion vendrá, cristianos, y vendrá por

nosotros. Pues que el mundo, que no quiere humildad, que no quiere castidad, que no quiere apostolado, quiere fraternidad ; pues que se halla obligado á quererla, y que todos los dias se ingenia en formarla, hé aqui el terreno comun en que nos encontramos con él. Aprovechémoslo. Entre él y nosotros, hemos de ver quién derramará mas amor verdadero, quién dará mas recibiendo menos. Nadie podrá en este conflicto acriminarnos. Lancémonos á él de todo corazon ; hemos recibido tanto amor, que nos cuesta poco darlo. Ganemos á nuestros hermanos á fuerza de beneficios, y pues que aumenta de momento en momento el frio en el mundo, que se aumente en nosotros de momento en momento el calor para pasar hasta él, para que si este Lázaro debiese bajar al sepulcro, tengamos bastante vida para él y para nosotros, bastantes lágrimas para llorarle, bastante potestad para lanzar este gran grito : ¡ Lázaro, aunque muerto, oye la voz que resucita, y sal del sepulcro !

